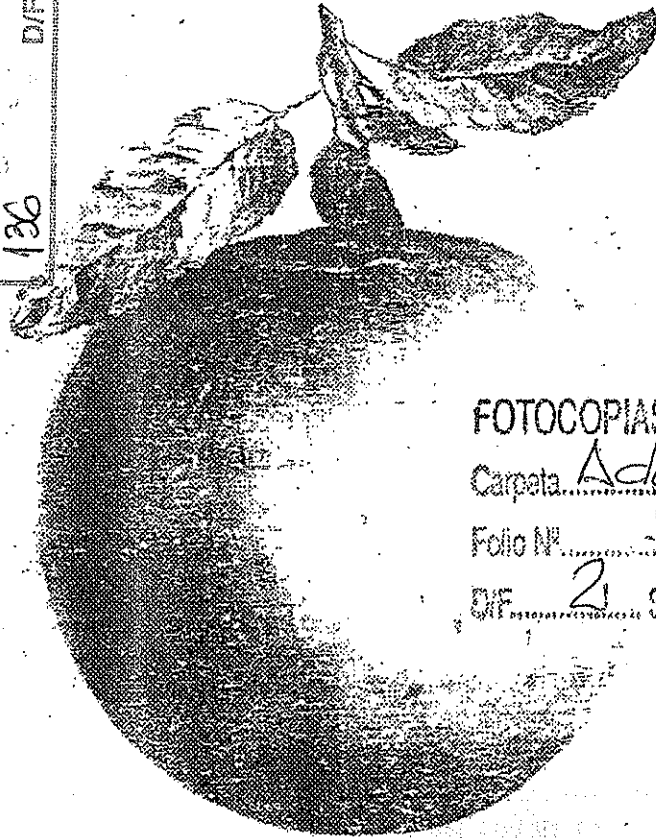


Jorge Zanghellini

## Vicisitudes del objeto por la clínica psicoanalítica



FOTOCOPIADORA  
31 C.E.Psi  
Adultos  
Folio 136 S/F D/F 2

FOTOCOPIAS DIAGONAL  
Carpeta *Adultos*  
Folio Nº *50*  
D/F *2* S/F *-*

de la campana

## Alfileres contra un submarino\*

### Un tratamiento para un psicótico

Hace ya tiempo que ningún submarino asola siniestramente nuestra argentinidad.

Aunque, hace sólo unos pocos años, rítmicamente, en las pantallas de las intrépidas naves que defienden gallardamente nuestro mar continental (los adjetivos pertenecen a las revistas de Editorial Atlántida: Billiken y Gente) decía, en el sonar y en el radar de alguna corbeta celeste y blanca, se dibujaba el borde siniestro de una nave misteriosa, que tanto se desplazaba raudamente por el golfo San Matías o el San Jorge, como una torreta podía ser avistada por un carguero cerca de Necochea.

La guerra de Malvinas, particularmente, acabó con esas naves siniestras o a lo mejor fue la caída del muro de Berlín, pero algo hizo cesar a que esas naves misteriosas acudieran con sus oscuras intenciones a investigar nuestra esencia nacional y cristiana bajo el mar.

Desde aquellos submarinos alemanes del 45, toda una tradición hizo de la marina de guerra, la principal defensa contra la invasión.

Aunque nunca pudo capturarse alguno, todos sabíamos que allí estaban, siniestros, amenazantes y de una tecnología que siempre les permitía burlar a quienes los perseguían.

Quizás, de un valor parecido a los ovnis, aunque su existencia fuera solo una ilusión (lo que no suscribo, creo en los submarinos, los ovnis y las brujas) aunque fueran de la misma sustancia que el humo o la niebla, tienen la función de hacer consistir, desde fuera, una comun-unidad.

En principio compuesta por aquellos que han podido metaforizar, hacerse representar por más de un significante, en el discurso social, aquellos que alguna forma de lazo social establecieron al Otro, por lo que pueden contestar, cuando alguna llamada desde el Otro los invita a tomar la palabra.

Pero, ¿y para aquella forma de marginación, discursiva y social que se da en algunas personas que no están constituidas como las otras; que

\* Trabajo presentado en las Jornadas organizadas por la Cátedra de Teoría Psicoanalítica I, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP. 1994.

por un avatar probable, ha prescrito la mediación simbólica de inscripción en el Otro?

Para ellos, los psicóticos, queda, sin la intervención azarosa de algún dispositivo eficaz, el encierro intemporal de un manicomio o el errar sin pausa del linyera.

Arnaldo, quien me es derivado por un médico psiquiatra de quien es conocido, participó de las dos vías.

Tanto había sido encerrado en Romero, en tres ocasiones así como en varias de las clínicas privadas de La Plata y por otro lado, había realizado fugas que consistían en caminar sin destino por Buenos Aires.

Cuando lo veo tiene 38 años. Había sido atendido por un analista del servicio, que al terminar su período de trabajo en el hospital, debió interrumpir el tratamiento.

Arnaldo acude a su conocido, que en ese momento lo estaba medicando, que le da mi nombre.

Antes de ello, había pasado por casi toda la psiquiatría platense y respecto de la cual, sobre todo, de un psiquiatra muy conocido, Arnaldo tiene un fuerte resentimiento.

No estaba conforme con los métodos de la psiquiatría y sí lo estaba en relación al analista que lo había atendido. Buscaba en mí algo parecido.

Me dice que comenzó a vender alfileres para hacer algo. Que su problema son los padres, "es que yo le hago caso a ellos".

Un mes antes, en setiembre, había caído en algo que él dice, no "dijimos locura sino ímpetu, energía. Un poco cuando uno está en el vacío y aparece el ímpetu de empujar a alguien, de tirar".

Y plantea lo que va de alguna manera a reaparecer en cada caída: la cuestión de la mujer.

Este ímpetu le apareció al acercarse más a las mujeres. Y con ello aumentaba el riesgo de que alguna quisiera prepotearlo en su propia casa, y a sus mismos padres.

El, de hijos, no quiere saber nada. Si tuviera una novia sería para encontrarse y hacer el amor. "Las mujeres son muy falsas". Esta frase repiqueteó.

El venía con un diagnóstico de esquizofrenia paranoide. Y esta cuestión de la falsedad de las mujeres, lamento que no suele desdeñar el obsesivo, en él se hacía patético.

Vivía con sus padres, y su dinero para gastos, provenía de una pensión por hijo discapacitado que su padre cobraba y se lo cedía a él.

Las alfileres no se vendían.

Me dice que tiene un oficio de peluquero, aunque hasta ahora solo había podido cortarle el pelo una vez al padre. Y tenía una cabeza con peluca para práctica, sobre la que se entrenaba.

Un peluquero del barrio le había permitido mirar y algunas tardes acudió. Esperaba que en algún momento le permitiera, después de aprender por mirar, cortarle a alguien, solo.

Arnaldo tiene una hermana, que suele sostenerlo a través de dinero para cigarrillos y a veces lo defiende ante sus padres.

El padre, jubilado de YPF, la madre, ama de casa, funcionan respecto a Arnaldo como un bloque. Sus quejas estaban en relación a los hábitos.

La restricción del padre acerca de la hora permitida para prender el primer cigarrillo, el horario estricto del almuerzo y la obligación de sentarse, tuviera hambre o no y la hora por la noche hasta la que se pudiera escuchar radio.

Su vida se sucedió en un día siempre igual a sí misma. La diferencia es el día sábado, que cuando tiene dinero, toma una copa en el cabaret.

Su primera internación la tiene a los 21 años.

En 1975 asiste a una reunión política de un grupo de izquierda peronista. Al salir de la misma comienza a angustiarse y a sentir que era perseguido.

El cuenta que deliraba, que López Rega lo había marcado; que los servicios estaban tras él; que lo creían montonero.

Su angustia lo llevó a encerrarse, dejó el trabajo que tenía, en el mismo lugar del padre y cayó en la primera internación.

Lo que se hizo serie y nunca más pudo trabajar, más de una o dos horas e inmediatamente le resultaba insoportable. Le acometía un impulso de huir y aparecía vagando.

Varias veces la policía lo encontró y trajeron a la casa.

Comencé a atenderlo en forma semanal y regular, a la que acudía puntualmente.

Luego de un primer tiempo donde su preocupación pasaba por la peluquería, en lo que era ostensible la puerilidad con que acometía aquello que intentaba sostener como ocupación frente a sus padres.

Su semblante era grave, circunspecto, ceremonioso. Contrastaba con ello, la evidente inconsistencia con que se situaba respecto a la mirada con que iba a poder extraer un oficio.

Su insistencia en nombrarse como peluquero fue el lugar donde intervino en relación a una modificación en esa vía.

Le propuse que asistiera a una academia.

Durante un tiempo ahorró dinero.

Sin embargo reaparece el para qué gastar tanto en una academia si había hablado con otro peluquero y éste le había dicho que fuera, que le limpiara el lugar y que lo iba a dejar mirar.

Esta posición, de mirada, donde esperaba que del Otro algo le hiciera lugar como un niño viejo, aún sentado, tratando de suplir con una imitación (mimesis) del exterior, aquello que no puede obtener por la vía de la introducción significante. Digamos un imaginario no regulado, no anudado, es decir, puramente especular.

El no podía más que quedar sentado sobre la almena de un castillo de naipes.

Mi intervención en este punto no demostró eficacia.

Luego se sucede un largo período donde se limitaba a dar un informe semanal, en tono burocrático y forma impersonal.

Esta semana se fumaron tantos cigarrillos por día, se asistió al cabaret, hubo tales discusiones con mi padre,

Estos informes, a veces solían durar cerca de 5 ó 10 minutos, luego el decía esto fue todo lo que pasó. Se levantaba, me daba la mano y se iba.

Durante un año y medio esto fue lo que sucedió y yo decidí respetarlo, en la idea de afianzar una forma de lazo, aún siendo el otro de un informe inventarial.

Tenía allí un lugar donde referir el sin cambio de su vida.

Una modificación en este trámite provino de una intervención donde al describir, algo más locuaz que de costumbre, su sensación dolorosa al atardecer, le digo que eso se trata de una forma de angustia.

Esta palabra le aparece como un descubrimiento para un afecto que no podía, no tenía nombre. Me dice: ¿pero eso es la angustia, lo que tengo entonces es angustia?

A partir de allí comienza a quedarse y hablar un poco más. Entre ello de lo que hace en el cabaret.

Va a hablar un poco con las mujeres. Sólo si una mujer se lo propone, va para las habitaciones del fondo.

Un día, se dio un suceso en el que un hombre, algo borracho, lo increpa, lo empuja, le dice que esa mujer es de él y que lo va a cortar. Se burla de él.

Los demás dicen, dejalo, no ves que es un pobre muchacho. El logra irse. Pero le da miedo a partir de allí, volver al cabaret.

La gente de la noche es demasiado dura.

Se plantea entonces por qué no tener una novia. Una chica con quien

salir, una mujer de él.

Me pregunta si eso yo lo creo posible, si puede tener una novia. Le digo si él encuentra algo que lo impida.

Mi intervención funcionó como una afirmación. El puede tener una novia.

Mi intervención fue errónea en su enunciacón.

Comenzó un episodio, similar al que había tenido antes de comenzar a verme.

Era empujado, le sobrevenía ímpetu y la idea de matarse se le aparecía como única salida.

Tres sesiones donde intento poner algún borde a esto que se había precipitado sin que mis intervenciones tuvieran eficacia.

En la cuarta viene atemperado. Se sentía mejor. Pacificado. Al salir de la anterior sesión en el hospital, se sentía tan mal como en todos esos días. Se encuentra con una mujer, prostituta de profesión, que al verlo, le pregunta por lo que le pasa.

El mucho no le dice, pero la mujer le vió en la cara lo que necesitaba. Le dijo lo que vos precisás es desfrecharte. Tomá, andá a esta dirección de parte mía. Fue, tuvo un "coito" y la angustia se desvaneció en la descarga.

Vuelve a preguntarme por una novia, si creo que él debe tener una novia. Le contesto que no hay nada que lo obligue a tenerla, si encuentra otra forma de satisfacción.

Tener una novia y esto desencadenó el episodio, suponía tener que invitarla a bailar, a tomar un café y entonces a tener un trabajo, ser una persona normal.

Pero él no puede estar en el horario del Otro. Lo aplasta hasta el punto que pierde su razón y queda vagando, por ahí, hasta que alguien lo encuentra, a merced de lo que le pase.

Le digo que si no puede ajustarse al horario del otro, porque entonces no hacer algo más, que vaya por el camino de los alfileres, que le permita andar por la calle con más destino y menos errancia.

Trabajamos en esa dirección. Se consigue un trabajo de cobranzas y luego, uno de changas en relación a entregas en una mueblería.

Sin horarios. Necesita caminar. Más tarde emprende un trabajo de vendedor, comprando en Once artículos para mercería y vendiéndolos en los kioscos y negocios de la ciudad.

Las mujeres aparecían como las chicas de prostíbulo, que lo conocen. "Hay buenos cuerpos, y como me conocen, luego algo de charla". Tenía dinero para hacerlo todas las semanas.

Y las mujeres no tienen nombre lo que preserva de cualquier reclamo.

Dice no precisar ya una pareja. Durante buen tiempo da testimonio de ello.

Pero no siempre es posible resistir que los otros al no verlo con alguna novia lleguen a pensar que es un homosexual.

Vuelve a reaparecer un episodio, algo más temperado. La medicación había sido disminuida hasta desaparecer.

El episodio esta en relación a que se dio a pensar que los demás no lo aceptan, hablan de él.

La caída de las pastillas le significó que si estando con medicación no se puede buscar pareja ahora que ya no tomaba, debía buscarla.

"En mi casa creen que estoy loco, me quieren internar, ellos están en un submarino".

Entonces se fue a Buenos Aires. Si no se masturba, el amor puede llegar. Horangel había dicho que los geminianos son independientes. Que si lo intentan, pueden llegar. Dejó el trabajo.

En Buenos Aires, fue a pedir techo a una comisaría. Se lo dieron, desde las diez de la noche a las 9 de la mañana. Luego fue a un sauna. Una de las mujeres le ofreció ser tarjetero y ganar a comisión.

Se trataba de trabajar allí y luego dormir en la comisaría.

Pero volvió el lunes. Pensó que lo iban a denunciar, que iba a aparecer su foto en todos los diarios y lo iban a buscar.

Volvió. Le digo que debió serle difícil volver al submarino.

Me contesta que sus padres están en el submarino. El no.

(Recuerdo que el submarino es una tortura muy conocida y que quizás haya estado presente para él, en la caída del 75, cuando se empezó a ahogar)

Me pregunta pero sin que sea una pregunta: *¿con el trabajo es mejor que lo piense si lo dejo? Usted cree que lo debo decidir yo.*

Le digo que sí, pero que yo lo puedo ayudar en ello.

Vuelve a una medicación baja.

Me dice que quiere escuchar los consejos de los hombres grandes, *"como usted, no de los pendejos que sólo quieren sexo y rock and roll".*

La cuestión es qué hacer con las mujeres.

Una novia lo obligaría a responder como "hombre normal". Es allí donde no tiene con qué responder. Sabe que estaría obligado a pagarle un café, el baile, una salida. Tener dinero para mantenerla. Pero donde se decide tomar una mujer le abre un agujero de bordes irresueltos.

El submarino está en la propia casa, pero eso lo deja afuera del mar

continental. Solo puede errar y errar, hasta que alguien lo encuentre.

Pues claro, no es con alfileres con que se puede horadar un submarino.

Si el oficio produce una estabilización es a condición que lo mantenga a cierta distancia del éxito, pues si trabaja demasiado bien lo lleva a enfrentarse con ser una "persona normal".

Y para ello solo tiene una serie de mimesis, de algunas vestiduras que no logran cubrirlo suficientemente. Su debilidad le permite sostenerse como hijo discapacitado.

Cuestiones de una dirección de la cura posible por la vía de sus errancias, cuestión de los bordes posibles para un lugar, algo inestable, a un costado, muy cerca, demasiado, (¿pero inevitable?) de un submarino tan impenetrable como una holograse.

Es en el oficio de vendedor ambulante donde intentó la tramitación mediante la cual su errancia pueda encontrar un lugar temperado.

Su eficacia es dotarlo de un dinero para encontrar un goce en otros cuerpos. Algo anónimos, pero dotados de alguna forma de memoria para quien ser reconocido.

Si no es obligado a llegar a pronunciar "tú eres mi mujer", es posible que del goce pueda ser desfrutado.

Un dispositivo analítico para la psicosis supone construir un lugar alternativo, a la descomunal lucha de querer penetrar con alfileres el blindaje de un submarino.